

¿Y si los soldados pelearan con almohadas?

HISTORIAS REALES
DE IMAGINACIÓN Y VALENTÍA

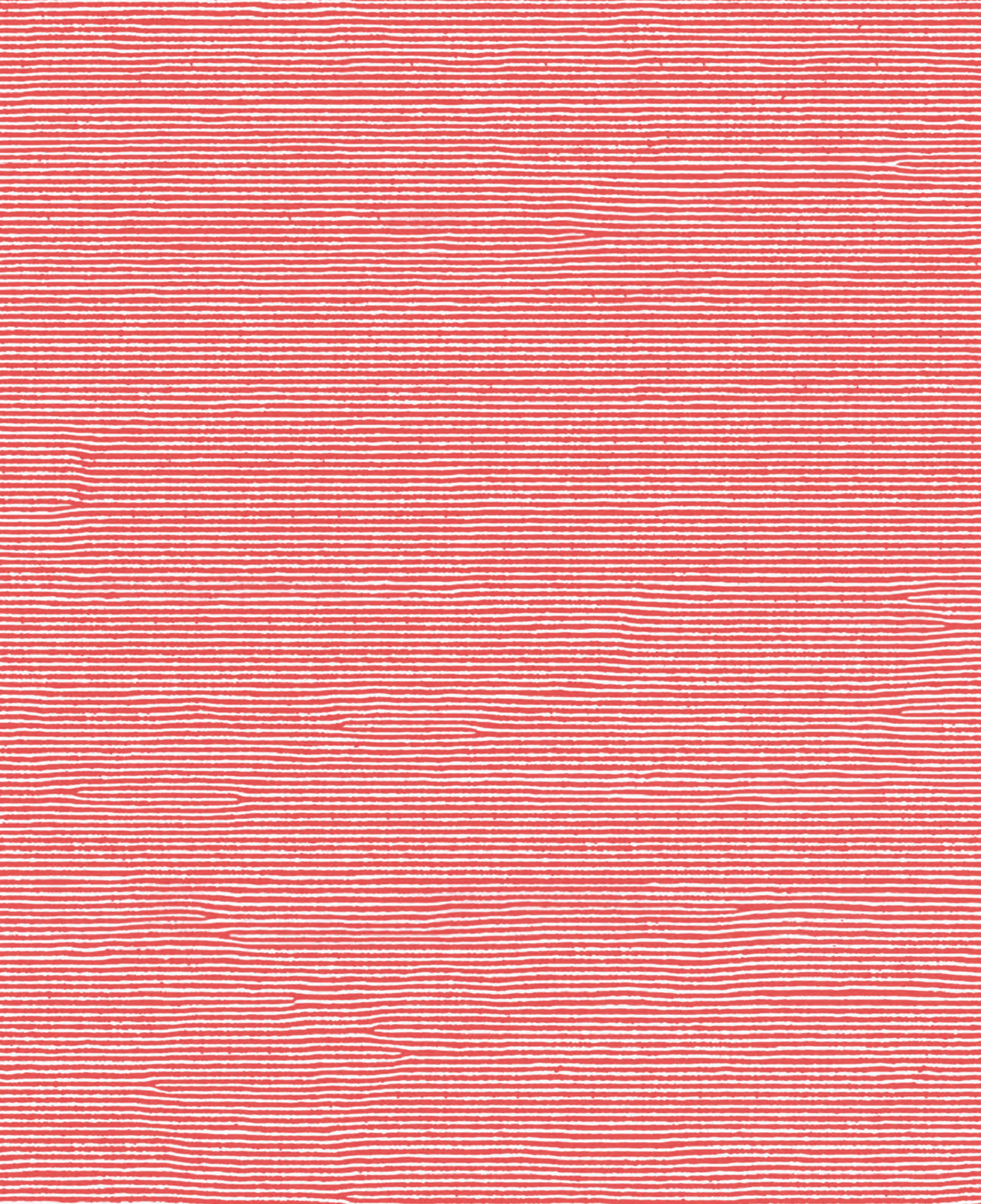


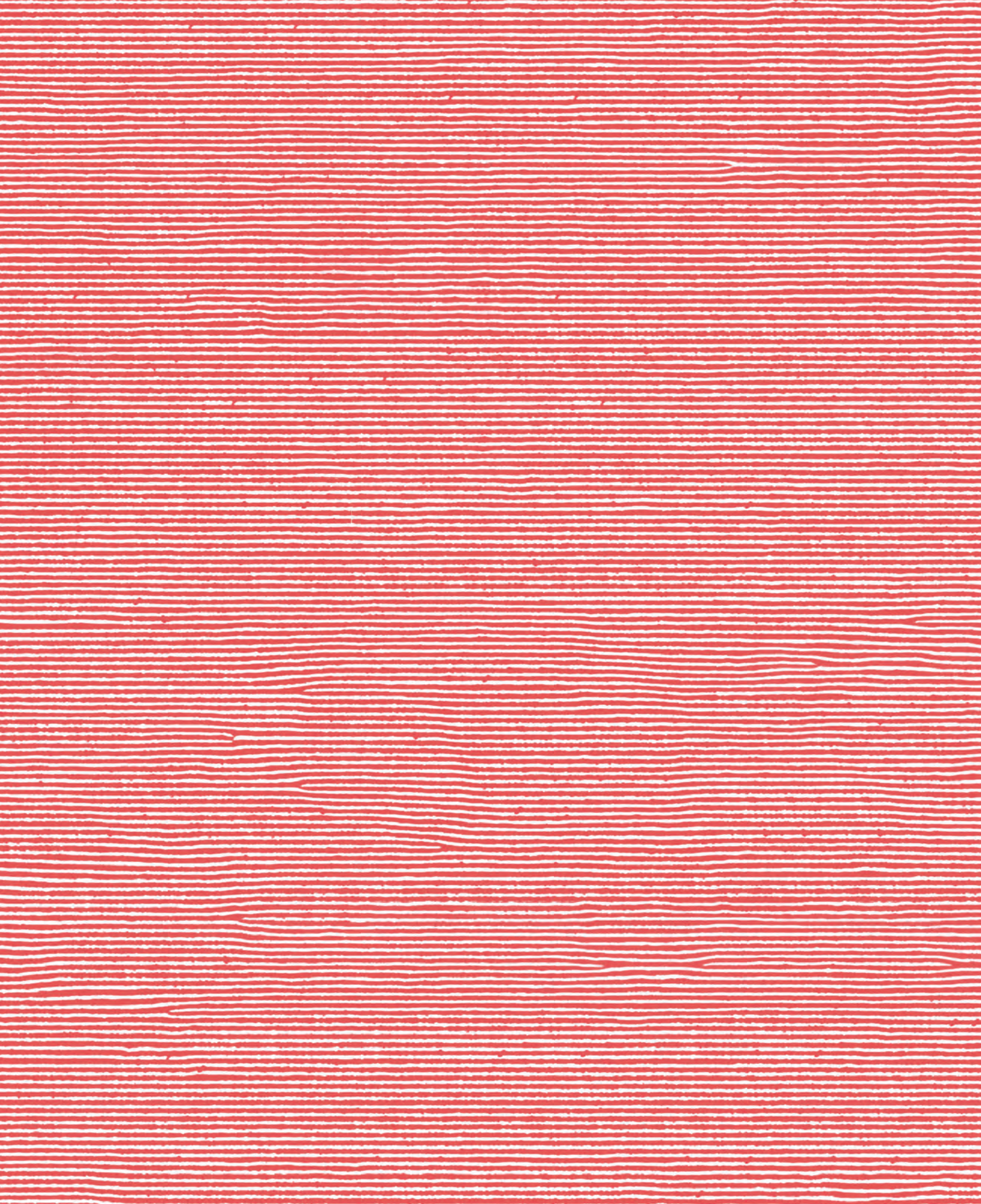
HEATHER CAMLOT



SERGE BLOCH







¿Y si los soldados pelearan con almohadas?

HISTORIAS REALES
DE IMAGINACIÓN Y VALENTÍA



Para Alex y Juliana: a veces un mal sueño
puede tener un final feliz.
H. C.

Por un mundo pacífico.
S. B.

¿Y si los soldados pelearan con almohadas?

HISTORIAS REALES
DE IMAGINACIÓN Y VALENTÍA



Escrito por
Heather Camlot

Ilustrado por
Serge Bloch

loqueleo®

*No necesitamos magia para
cambiar el mundo. Ya llevamos
dentro de nosotros todo el poder
que necesitamos: tenemos el
poder de imaginar mejor.*

J. K. Rowling



¿A dónde te lleva tu imaginación?

Quizá te imagines viajando en el tiempo, lanzándote en un cohete rumbo al espacio exterior o luchando contra los supervillanos con tus superpoderes. Pero ¿qué pasaría si tu imaginación también pudiera ayudarte a inventar soluciones para las crisis del mundo real, como las guerras, la hambruna o las violaciones a los derechos humanos? ¿Te suena imposible?

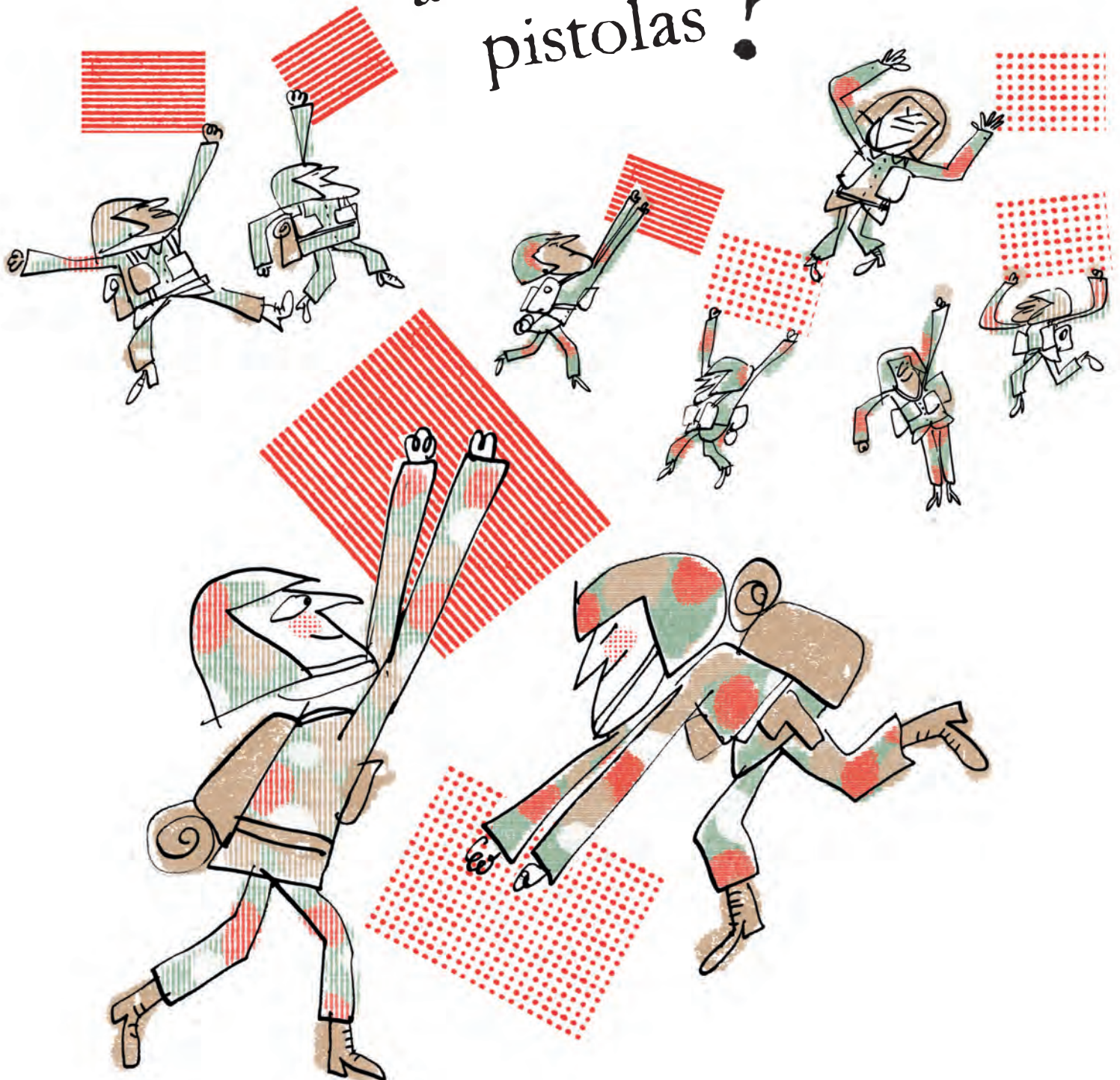
¿Y si lo imposible en realidad fuera posible?

Cuando nos hacemos preguntas grandes y fantásticas, podemos descubrir nuevas formas de cambiar y mejorar el mundo. Nuestra imaginación puede ayudar a darle forma al futuro porque nos reta a dibujar el mundo como nos gustaría que fuera.

Las personas y las organizaciones que aparecen en las siguientes historias tienen ideas sobre cómo podrían hacer la diferencia. Pero lo más importante es que decidieron tomar esas ideas y convertirlas en acción. En nuestra imaginación podemos hacer cualquier cosa y ser lo que queramos. Eso también puede ser cierto en la realidad.



¿Y si
los soldados pelearan con
almohadas en vez de
pistolas ?



Durante la Segunda Guerra Mundial, el ejército de Estados Unidos entrenó a sus hombres para matar o morir. Cierta soldado no hizo ninguna de las dos cosas.

Desmond Doss, un hombre profundamente religioso, estaba dispuesto a servir en la guerra pero se rehusó a portar un arma..., prefería llevar una Biblia en su lugar. Por esta razón, sus compañeros soldados solían molestarlo. Un oficial incluso quería darlo de baja del ejército alegando que padecía una enfermedad mental.

Pero Doss no cambió de opinión. Quería salvar vidas, no quitarlas. Se convirtió en médico y fue clasificado como un objetor de conciencia debido a su negativa a usar armas.

El 5 de mayo de 1945, en Okinawa, Japón, durante una de las batallas más sangrientas de la Segunda Guerra Mundial, la unidad de Doss tenía la encomienda de adueñarse a toda costa del acantilado de Maeda, mejor conocido como la Cuchilla de Sierra (o Hacksaw Ridge). Pero cuando los estadounidenses ya habían ascendido hasta la cresta del escarpado peñasco para asegurar la cumbre, los japoneses atacaron. Entonces, los estadounidenses emprendieron rápidamente la retirada y abandonaron a su suerte a los heridos.

Doss, sin embargo, permaneció junto a quienes se habían quedado atrás.

Cargó a cada uno de los soldados heridos por el filo del acantilado y los bajó a un lugar seguro. Le tomó doce horas, pero de alguna manera Doss no resultó herido.

Semanas después, cuando se lesionó, Doss se atendió sus propias heridas para que otro médico no tuviera que arriesgar su vida yendo a donde él estaba. Horas más tarde lo subieron por fin a una camilla, pero se bajó para cedérsela a un soldado en peor estado que él. Mientras esperaba ayuda, Doss fue herido de nueva cuenta, así que se entablilló la pierna y se arrastró hasta una estación de socorro.

Doss nunca hirió ni mató a un soldado enemigo. En cambio, salvó a setenta y cinco hombres de su propio bando aquel día en la Cuchilla de Sierra. Y gracias a su servicio, se convirtió en el primer objetor de conciencia en recibir el galardón militar más alto entre los estadounidenses: la Medalla de Honor del Congreso.





¿Y si los pilotos de combate lanzaran semillas en vez de bombas?

Todos necesitamos comida para sobrevivir. Pero ¿misiles, tanques y AK-47? No tanto.

Alrededor del planeta, 815 millones de personas padecen hambre cada día. Sin embargo, en 2017, el mundo aumentó su gasto militar a \$1.7 billones de dólares. Para la organización Comida, no bombas, es absurdo que se destine tanto dinero a la milicia cuando la gente lucha para pagar sus alimentos.

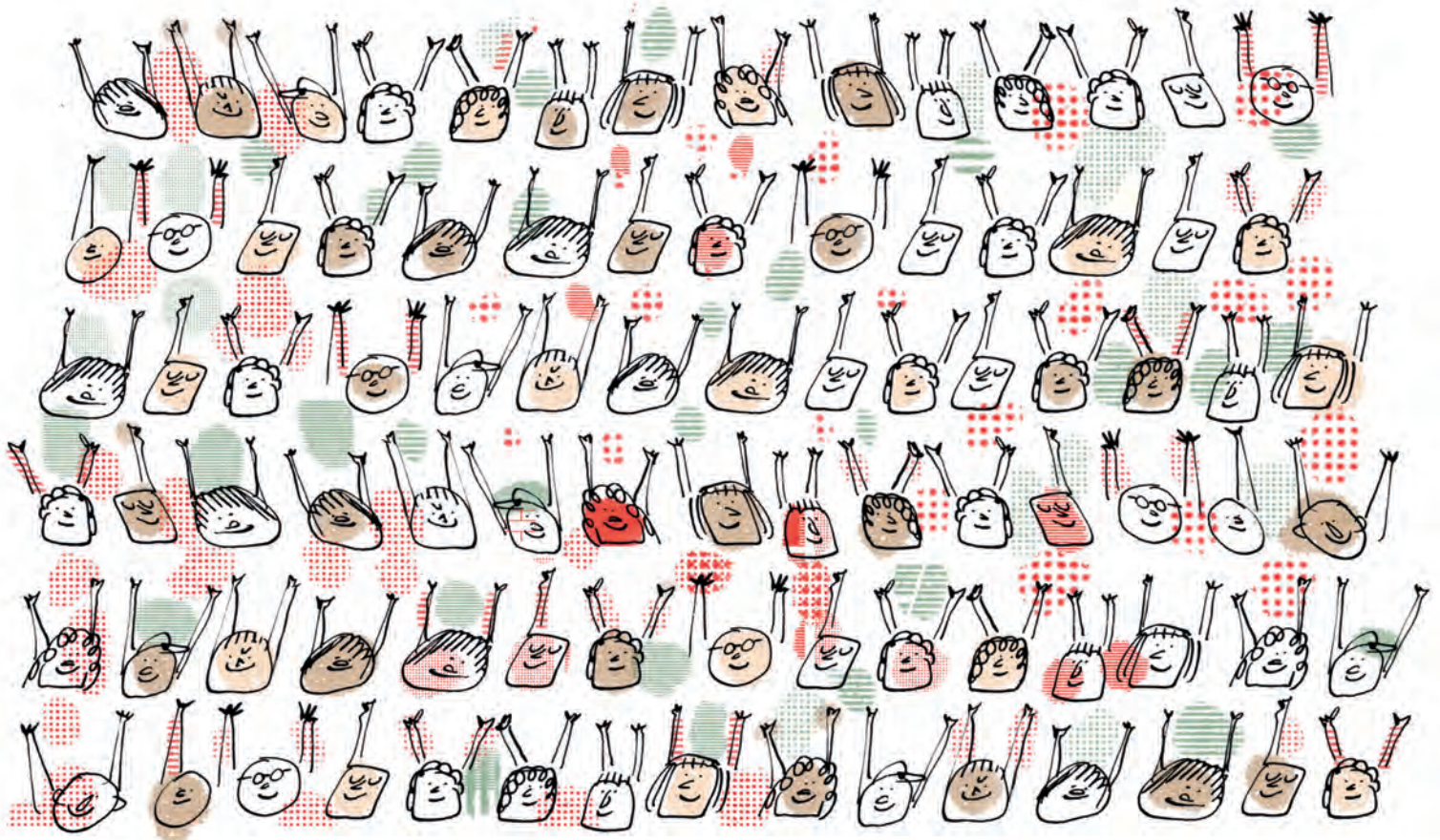
Comida, no bombas se fundó en 1980 luego de que Brian Feigenbaum fue arrestado en una manifestación para impedir que se construyera una planta nuclear. Sus amigos trataron de recaudar fondos para cubrir sus cuentas legales organizando ventas de pasteles. No consiguieron suficiente dinero, pero así se les ocurrió una idea de cómo protestar contra la guerra, la pobreza y la destrucción medioambiental.

Con el excedente de algunas tiendas y restaurantes, Comida, no bombas empezó a preparar platillos vegetarianos y veganos en parques y otros lugares públicos para quienes lo necesitaran. Hasta el día de hoy en estas reuniones se fomenta la conversación, especialmente sobre el tema de emplear el dinero de los impuestos en bienestar, educación y atención médica, y no en artillería pesada ni en municiones.

Al principio, los amigos de Feigenbaum tenían pocos recursos y ningún poder político. Hoy existen cientos de grupos de Comida, no bombas por todo el mundo. Algunos voluntarios han sido arrestados, amenazados o asesinados por su activismo sin violencia, que busca alimentar a los hambrientos y reducir el presupuesto militar. Pero eso no los ha detenido, siguen alimentando



a los necesitados (desde rescatistas del 9/11 en Nueva York hasta quienes se manifestaban para acabar con la dictadura en Túnez), así demuestran que la comida es una poderosa herramienta para generar cambios sociales.



¿Y si los campos de batalla fueran canchas de futbol y los espectadores echaran porras a los dos equipos?

Cuando un país de África Occidental declaró la guerra contra sí mismo, un legendario jugador de futbol encontró la forma de ayudar a su gente a unirse en vez de pelear.

El 8 de octubre de 2005 fue un día memorable para la historia de Costa de Marfil: su selección nacional de futbol soccer, que se hacía llamar Les Éléphants (Los Elefantes), clasificó por vez primera para la Copa del Mundo.

Pero ese no fue el único acontecimiento significativo aquel día. Mientras los jugadores, que provenían de todos los rincones del país, cantaban y bailaban de contento en los vestidores, Didier Drogba, el delantero estrella del equipo, tuvo a su alcance un micrófono. Les Éléphants se reunieron ante las cámaras de televisión. “Hoy demostramos que todas las personas de Costa de Marfil pueden vivir en armonía, pueden jugar en conjunto por un mismo objetivo: clasificar para el Mundial”, dijo Drogba, quien fue un héroe en su país, donde una descarnada guerra civil —entre el norte, controlado por los rebeldes, y el sur, controlado por el gobierno— se libraba desde los últimos tres años. “Hoy mismo les suplicamos..., por favor, que depongan todas las armas”.

La gente escuchó. Ambos bandos de la guerra civil declararon un cese al fuego y empezaron las negociaciones de paz. Y en 2007 se firmó un acuerdo de paz.

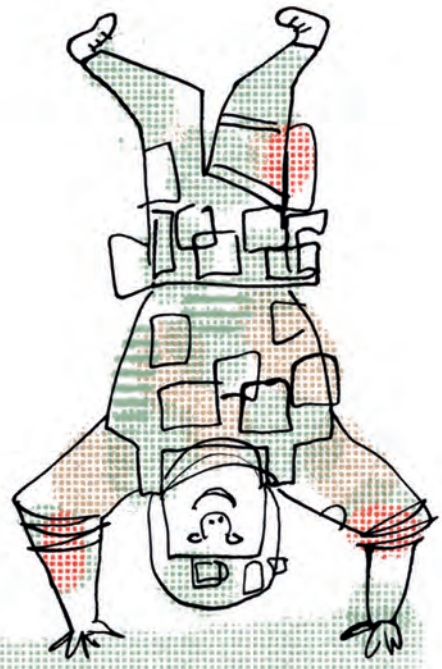
Pero un país unificado no surge de la noche a la mañana, así que Drogba lanzó al aire una idea alocada: celebrar

uno de los partidos de clasificación a la Copa Africana de Naciones 2008 en la ciudad de Bouaké, un bastión rebelde al norte del país.

El plan funcionó. Cuando Costa de Marfil le ganó a Madagascar 5-0, los aficionados de ambos lados de la guerra civil —sin importar etnia, religión o lugar de origen— se unieron para aclamar a su país.

“He ganado muchos trofeos en la vida”, le dijo el legendario futbolista a un reportero, “pero ninguno se compara con haber ayudado a ganar la batalla por la paz en mi país”.





¿Y si los comandos de la Marina hicieran malabares con pelotas en la nariz o tocaran trompetas?

Los comandos de la Marina de Estados Unidos se encargan de realizar las misiones más peligrosas de la milicia, pero ni su más rudo entrenamiento les permite llevar alegría a los niños que han tenido que dejar atrás su hogar junto con todo lo que conocen.

“¿Sabes qué es lo que más extrañamos? Extrañamos la risa, divertirnos, pasarla bien”, eso les escribieron algunos chicos refugiados bosnios a los niños de Barcelona, España, a través de un proyecto escolar de solidaridad. Los niños bosnios vivían en el campo de refugiados Veli Jože en Croacia tras haber escapado de la Guerra de Bosnia, que forzó a sus familias a huir del país. La guerra duró cerca de cuatro años.

Su mensaje les dio una idea a los estudiantes españoles. Una idea divertida. Reunieron dinero para enviar a un payaso a los niños del refugio.

Ese payaso, Tortell Poltrona, llegó a Croacia en febrero de 1993. Una vez ahí, les sacó una sonrisa a los niños. Luego los hizo reír. Y luego tomó una decisión.

Poco después de su visita, Poltrona fundó la organización Payasos sin Fronteras. Había visto con sus propios ojos



cómo la risa había contribuido a hacer la vida un poco más amable para cientos de pequeños refugiados, y se dio cuenta de que él y otros artistas de circo podían ayudar a los niños de todo el mundo. Hoy esta organización internacional envía a artistas callejeros y circenses, actores, magos, músicos y, desde luego, payasos a entretener a cientos de miles de niños en zonas críticas cada año.

El trabajo de Payasos sin Fronteras comprueba que si bien una sonora y entrañable carcajada podrá no resolver los problemas del mundo, sí es capaz de poner esos problemas en pausa. Al menos por un ratito.

